

LA AMÉRICA Y COLÓN

Un reciente artículo, titulado MIL CUATROCIENTOS NOVENTA Y DOS, de nuestro antiguo amigo el historiógrafo doctor Manuel González de la Rosa, que el 28 de setiembre último publicó este diario, me estimula á coordinar algunos apuntes en apoyo de la tesis de que no debe reputarse á Colón como el verdadero y primer descubridor del Nuevo Mundo, en el sentido propio de la palabra.

La certidumbre que reveló Colón en su empresa, y su fe ciega en la existencia de grandes tierras ignoradas, parece, en verdad, que no pudieron nunca venir de pruebas ni demostraciones científicas únicamente, atendido el estado intelectual de la época. Pero prescindiendo de esto: si las razas, lenguas, mitos y costumbres de los habitantes del Nuevo Mundo proceden del Mundo Antiguo, era fuerza hubiese en éste imborrables rastros, ó tradiciones siquiera confusas, de viajes ó emigraciones á esas tierras remotas, á las que, con sus vientos, corrientes y tempestades, separaba la inmensidad del mar; al que había que arrostrar en míseros esquifes, sin suficiente provisión de víveres y agua, y teniendo que soportar muchas penurias y cambios bruscos de clima.

Admitida la unidad de la humana estirpe, es menester convenir, en que no pudo por muchos siglos estar la pobla-

ción de América olvidada por sus padres; y que, aunque el tiempo, la distancia y las guerras hubieran contribuido á destruir esa memoria, nunca pudo esto verificarse por completo; sino algo así como en las monedas ó vetustos escritos, en que aún se perciben, entre sombras, líneas ó imágenes borrosas, próximas también á desaparecer.

En la época actual, cuando no hay verdad de cualquier clase que sea que el escepticismo científico no ponga en duda, pocos temas se han debatido más que la unidad de la especie humana; pero aparte del dogma religioso, nosotros hemos encontrado entre los dos mundos semejanzas tales, tan numerosas y concluyentes, que no vacilamos en afirmar, que los pobladores de ellos son los mismos:—una sola familia,—á pesar de su lejanía en el espacio y el tiempo, y á pesar de las muchas contrariedades que ofrecen en su modo de pensar, de sentir y de obrar.

Pero dejando á un lado cuestiones tan graves, investiguemos los datos que pudieron servir á Cristóforo Colombo para lanzarse al piélago ignoto en busca de la América; seguro de que ella existía, y esperando lo protegiera Dios en su ardua empresa, por ser heraldo de la fe y del Evangelio, en bien de sus hermanos que yacían á la sombra de la muerte.

En medio siglo corrido, hasta 1492, del descubrimiento de la imprenta, se había hecho la publicación de varios escritores antiguos, que hablaban de viajes y que pudo conocer Colón. Es probable que él tuviera vagas noticias al menos, de los misteriosos viajes de los Fenicios, del Ofir de Salomón, el periplo de Hannón, la Atlántida de Platón; y quizá si aún alcanzó noticias ó rumores de los viajes hechos por los escandinavos á la Groenlandia, Labrador, Islandia, etc. desde el siglo X de nuestra era.

Maffei, al hacer en su elegante latín el elogio de Colón, dice: que lo indujeron á buscar grandes tierras, más allá del orbe conocido, la astronomía y algunos documentos de la antigüedad: *ex astronomica disciplina, et nonnullis veterum monumentis* (1).

Sobre los escritores antiguos que tratan de las noticias que de los americanos tuvieron los europeos, puede consul-

tarse el folleto "Antigüedades americanas" de Antonio Bachiller y Morales, impreso en la Habana en 1845.

Por no desviarme del asunto principal, no insisto en esto y me limitaré á dos citas.

La primera es de Virgilio, que dice:

.....*Jacet extra sidera tellus,
Extra anni solisque vias, ubi coelifer Atlas
Axem humero torquet stellis ardentibus aptum.*

(Una tierra está más allá del zodíaco y de los trópicos de Cáncer y Capricornio, donde el gran Atlas con el hombro sustenta el cielo, junto á las ardientes estrellas.— *Eneida*, l. VI, vv. 795 - 797).

La otra cita es de Lucio Anéo Séneca, quien, en su tragedia *Medea*, escribe estos versos anapésticos, tan citados, y que parecen una profecía:

*Venient annis saecula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Typhisque novos detegat orbis,
Nec sit terris ultima Thule.*

El padre José de Acosta traduce al español esos versos en esta forma:

"Tras luengos años verná
un siglo nuevo y dichoso
que al Oceano anchuroso
sus límites passará.

Descubrirán grande tierra,
verán otro nuevo Mundo,
navegando el gran profundo
que ahora el passo nos cierra.

La Thule tan afamada
como del mundo postrera,
quedará en esta carrera
por muy cercana contada" (2).

Pero es ya tiempo de tratar del Precursor inmediato de Colón, si lo hubo.

Varios autores respetables aseguran, que las noticias sobre el Nuevo Continente las comunicó á Colón, en la isla de Madera, en 1484, el piloto Alonso Sánchez de Huelva que fué allá lanzado por una tempestad; y que regresó muy enfermo y fué acogido por Colón; á quien dió su derrotero y diario náutico en gratitud al hospedaje.

Bernardo José de Alderete dice de modo terminante: "Siendo cierto que el primero que dió noticia á Cristóval Colón del Nuevo Mundo fué Alonso Sánchez Huelva, que con gran tormenta pasó el Océano. Hizo memoria de esto el P. Joseph de Acosta, aunque no puso su nombre, el qual le dice el inca Garcilazo de la Vega; fué esto tan notorio en toda Andalucía, que más debiera haberse dejado de escribir por nuestros historiadores" (3).

Son exactas las citas de Acosta (4) y Garcilaso (5) que hace Alderete.

Es conveniente reproducir la narración de Garcilaso, por su sencillez y pormenores. Dice así textualmente:

"Cerca del año de mil y quatrocientos y ochenta y quatro, uno mas, ó menos, un Piloto, natural de la Villa de Huelva, en el Condado de Niebla, llamado Alonso Sánchez de Huelva, tenía un Navío pequeño, con el qual contratava por la Mar, y llevaba de España á las Canarias, algunas mercaderías, que allí se le vendían bien; y de las Canarias cargaba de los frutos de aquellas Islas, y las llevaba á la isla de la Madera, y de allí se bolvíá á España, cargado de Açucar, y Conservas. Andando en esta su triangular contratacion, atravesando de las Canarias á la Isla de la Madera, le dió un temporal tan recio, y tempestuoso, que no pudiendo resistirle, se dejó llevar de la tormenta, y corrió veinte y ocho, ó veinte y nueve días, sin saber por donde, ni á donde, porque en todo este tiempo, no pudo tomar la altura, por el Sol, ni por Norte. Padescieron los de el Navío grandíssimo trabajo en la tormenta, porque ni les dejava comer, ni dormir; al cabo deste largo tiempo, se aplacó el viento, y se hallaron cerca de una Isla, no se sabe de cierto qual fue, mas de que se sos-

pecha, que fué la que aora llaman Santo Domingo; y es de mucha consideración, que el viento que con tanta violencia, y tormenta llevó aquel Navío no pudo ser otro, sino el Solano, que llaman Leste, porque la Isla de Santo Domingo está al Poniente de las Canarias; el qual viento en aquel viage, antes aplaca las tormentas, que las levanta. Mas el Señor todo poderoso, quando quiere hacer misericordias, saca las mas mysteriosas y necesarias, de causas contrarias; como sacó el agua, del pedernal, y la vista del Ciego, del Lodo, que le puso en los ojos, para que notoriamente se muestren ser obras de la misericación, y bondad Dívina, que también uso desta su piedad, para enbiar su Evangelio, y luz verdadera á todo el Nuevo Mundo, que tanta necesidad tenía della; pues vivian, ó por mejor décir perescían en las Tinieblas de la Gentilidad, é Idolatría, tan bárbara y bestial, como en el discurso de la Historia veremos. El Piloto saltó en tierra, tomó el altura, y escribió por menudo todo lo que vió, y lo que le sucedió por la Mar, á ida, y á buelta; y aviendo tomado agua, y leña, se bolbió á tiento sin saber el viage tampoco á la venida como á la ida; por lo qual gastó mas tiempo del que le convenía; y por la dilación del camino, les faltó el agua, y el bastimento; de cuya causa, y por el mucho trabajo, que á ida, y venida avían padecido, empezaron á enfermar, y morir de tal manera, que de diez y siete hombres, que salieron de España, no llegaron á la Tercera, mas de cinco, y entre ellos el Piloto Alonso Sánchez de Huelva. Fueron á párar á casa del Famoso Christoval Colón, Ginovés, porque supieron que era gran Piloto, y Cosmógrapho, y que hacía Cartas de marear. El qual los recibió con mucho amor, y les hizo todo regalo, por saber cosas acaescidas en tan éstraño y largo naufragio, como el que decían aver padescido. Y como llegarán tan descaecidos del trabajo pasado, por mucho que Christóval Colón les regaló, no pudieron bolver en sí, y murieron todos en su casa, dejándole en herencia los trabajos, que les causaron la muerte: los quales aceptó el gran Colón con tanto ánimo, y esfuerço, que aviendo sufrido otros tan grandes, y aun mayores (pues duraron mas tiempo) salió con la empresa de dar el Nuevo Mundo, y sus riquezas á Es-

pañã, como lo puso por blasón en sus Armas, diciendo: *A Castilla y á León, Nuevo Mundo dió Colón*. Quien quisiere ver las grandes haçañas deste Varón, vea la Historia General de las Indias, que Francisco López de Gómara escribió, que allí las hallará, aunque abreviadas; Pero lo que más loa y engrandece á este Famoso sobre los Famosos, es la misma obra de esta conquista, y Descubrimiento. Yo quise añadir este poco, que faltó de la Relación de aquel Antiguo Historiador, que como escribió lejos de donde acaecieron estas cosas, y la Relación se la daban yentes y vinientes, le digeron muchas cosas de las que pasaron, però imperfectas, y yo las oí en mi Tierra, á mi padre y á sus contemporáneos, que en aquellos tiempos la mayor, y más ordinaria conversación que tenían, era repetir las cosas más haçañosas, y notables que en sus Conquistas avían acaescido, donde contavan lo que hemos dicho, y otras, que adelante diremos, que como alcanzaron á muchos, de los primeros Descubridores, y Conquistadores del Nuevo Mundo, huvieron dellos la entera relación de semejantes cosas, y yo, como digo, las oí á mis maiores (aunque como muchacho) con poca atención, quasi entonces la tuviera, pudiera agora escrevir otras muchas cosas de gran admiración, necesarias en esta Historia: diré las que hubiere guardado la memoria, con dolor de las que he perdido. El muy R. P. Joseph de Acosta toca también esta Historia del Descubrimiento del Nuevo Mundo, con pena de no poderla dar entera, que también faltó á su Paternidad parte de la Relación en este paso, como en otros mas modernos, porque se avían acabado ya los Conquistadores antiguos, quando su Paternidad pasó á aquellas partes, sobre lo qual dice estas palabras Libro décimo, Capítulo diez y nueve: Aviendo mostrado, que no lleva camino pensar, que los primeros moradores de Indias, ayan venido á ellas con navegación, hecha para esse fin, bien se sigue, que si vinieron por Mar, aya sido a caso, y por fuerza de tormentas el aver llegado á Indias; lo qual, por inmenso que sea el Mar Oceano, no es cosa increíble. Porque pues assí suscedió en el Descubrimiento de nuestros tiempos, quando aquel Marinero (cuyo nombre aun no sabemos, para que negocio tan grande no se atribuya á

otro Autor, sino á Dios) aviendo por un terrible, é importuno temporal, reconocido el Nuevo Mundo, dejó por paga del buen hospedage á Christóval Colón, la noticia de cosa tan grande. Assí pudo ser, etc. hasta aquí es del P. M. Acosta sacado á la letra: donde muestra aver hallado su Paternidad en el Peru, parte de nuestra Relación, y aunque no toda, pero lo mas esencial della. Este fue el primer principio, y origen del Descubrimiento del Nuevo Mundo, de la qual grandeza podía loarse la pequeña villa de Huelva, que tal hijo crió, de cuya Relación certificado Christóval Colón, insistió tanto en su demanda, prometiendo cosas nunca vistas, ni oídas, guardando como hombre prudente el secreto dellas, aunque debajo de confianza dió cuenta dellas á algunas personas de mucha autoridad, acerca de los Reyes Católicos, que le ayudaron á salir con su empresa, que si no fuera por esta noticia, que Alonso Sánchez de Huelva le dió, no pudiera de sola su imaginación de Cosmographia, prometer tanto, y tan certificado como prometió, ni salir tan presto con la empresa del Descubrimiento; pues según aquel Autor, no tardó Colón más de sesenta y ocho días, en el viage hasta la Isla Guanatianico, con detenerse algunos días en la Gomera, á tomar refresco, que sino se supiera por la Relación de Alonso Sánchez, qué Rumbos avía de tomar, en un Mar tan grande, era casi milagro aver ido allá en tan breve tiempo”.

Oviedo refiere, sin creerlo, el hecho de una tempestad que arrojó á un piloto ó mareante andaluz, vizcaíno ó portugués, en una carabela cargada de vinos, bastimentos y otras mercaderías, de Lisboa á las Indias Occidentales (6); y el cronista añade: “aquesta novela assí anda por el mundo entre la vulgar gente”.

Cuenta lo mismo Fr. Bartolomé de las Casas, en su Historia de las Indias, publicada por el Marqués de la Fuensanta y don José Sancho Rayón (7).

Dice Castellanos sobre Colón, refiriéndose á don Gonzalo Jiménez de Quesada:

.....
 “El cual seguía siempre la carrera
 De la isla que llaman la Madera”.

“Aquella con sus tratos frecuentaba
 Allí lo más del tiempo residía,
 Y dicen que doquiera que moraba
 Su vida por buen modo componía:
 A pobres peregrinos hospedaba,
 Dándoles de lo poco que tenía,
 Y entre ellos hospedó con pía mano
 Una vez un piloto castellano”.

“El cual era también gran navegante;
 Pero (según entonces se decía)
 Tempestuoso viento de Levante
 Lo hizo navegar do no quería,
 Forzándolo pasar tan adelante,
 Que de poder volver duda tenía,
 Corriendo hasta ver tierras no vistas,
 Ni puestas por algunos coronistas”.

“El cual hombre llegó de estas regiones,
 Con gran enfermedad debilitado,
 Y así murió con los demás varones,
 Que de la mar habían escapado;
 Pero dejó cumplidas relaciones
 Del prolijo discurso navegado,
 Las cuales, como cosa de su ciencia,
 Colón notó con suma diligencia” (8).

Sin embargo, el mismo Castellanos opina, fuese Colón el que hubiera sufrido esto en sus viajes; y alega lo que él dice en su Diario al hablar con los suyos.

Gómara coincide con Alderete en la fecha y en el nombre del piloto; y refiere, que éste fué obligado por una tempestad á llegar en su carabela, en 20 días, á las costas de América: y que al regreso murieron todos los tripulantes, menos el piloto Sánchez que, débil y exánime, fué acogido por Colón, que casado con una portuguesa residía en la isla de Tercera (9).

Mariana dice lo mismo (10), con ligeras variaciones; y otro autor antiguo serio, á quien no perdonó la Inquisición

su veracidad, Gonzalo de Illescas, en su obra impresa en 1565, nos da pormenores importantes (11). Helos aquí:

“Un cierto marinero (cuyo nombre hasta ahora no se sabe, ni de donde partió, ni tampoco que viaje llevaba, más de que andaba por el mar Oceano de Poniente) tuvo un tiempo recio, y tormenta grandísima, la cual le llevó perdido por la profundidad y anchura del mar, hasta ponerle fuera de toda conversación y noticia de lo que los marineros y pilotos sabían por ciencia y experiencia: Adonde vió por los ojos tierras nunca vistas ni oydas. La misma tormenta que le llevó á verlas, le bolvió hacia nuestra España, tan perdido y destruído, que dentro de pocos días vino á morir. Este desgraciado Piloto, por no tener otra posada mejor, vino acaso á posar en la isla de Madera, en casa de Cristóval Colón, genovés, nacido en Nervi, una aldea de pocas casas junto á Génova. Venía tan pobre y hambriento que, como dije, no pudo escapar; y no teniendo en la muerte otra cosa mejor que dejar á su huésped, en pago de la buena obra, dióle ciertos papeles y cartas de marear, y relación muy particular de lo que había visto en aquel naufragio. Recibió ésto Colón de muy buena gana, porque su principal oficio era marinero y hacía cartas de marear”.

Sostienen lo mismo otros autores (12) y algunos contradicen (13).

Según Remón (14), el piloto aludido se llamaba Fabio de Melfa; y Malte-Brun dice, en su *Historia de la Geografía*, que Colón se valió, para descubrir la América, del Diario del veneciano Antonio Jeno, publicado por Marcolini en 1558.

Federico Estuvenio atribuye el primer descubrimiento, anterior al de Colón, á Martín Bohemo, natural de Nuremberg. Feijóo lo cita, sin combatirlo, en el tomo IV de su *Teatro Crítico Universal*.

Posible es que Colón aprovechara esos datos, junto con los transmitidos por Alonso Sánchez, de quien se olvidó.

Colón ha sido estudiado á la luz de la moderna crítica, por autores de diversos países y con distinto espíritu, como Jorriu, Avezac, Peschel, Varnhagen, Bossi, Rosselly de Lor-

gues, Bancroft, Tarducci, Perreti, Cronau, Buel..... Después de esto se puede ya juzgar hasta dónde iban en Colón su ciencia, y sus cálculos geográficos, náuticos y astronómicos; y cuánto debieron contribuir á sus descubrimientos, basados no obstante en noticias, en relaciones y derroteros de viajes. Así, pues, que aceptamos como cierto, ó verosímil, el relato de Alderete, Gómara, Illescas, etc.: que hubo un Piloto que, al morir en la isla de Madera, dió á Colón "ciertos papeles y cartas de marear, y relación de lo que había visto en su naufragio": naufragio al que no pudo sobrevivir, sino el tiempo indispensable para hacer á Colón heredero de sus trabajos y del premio.

Por más que Colón y su hijo callaran ú ocultaran esto, á la Historia, como juez recto é incorruptible, toca esclarecerlo y conservarlo, dando á cada uno lo que es suyo; siguiendo así la forma del juramento inglés, decir "la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad", y haciendo práctico el consejo de Lamartine—"dad conciencia á la Historia".

La índole de este escrito, y las dimensiones que ya tiene, con daño acaso de la mayoría de los lectores de "El Comercio", me obligan á terminarlo. Pero creo dejar establecido: que Colón, el hombre de genio, el docto marino, el fervoroso y apasionado creyente, el inspirado por la Providencia para un altísimo designio, recibió testimonios irrecusables de la existencia de tierras desconocidas; los que lo decidieron y lo alentaron para buscarlas, y para trazar con sus carabelas la ruta á las naciones.

La historia nos enseña, en todo orden de hechos, que no se llega de golpe por completo á la verdad, sino gradualmente; así como no se logra andar y correr sin hacer antes pinicos; y así como el ojo no puede soportar la transición violenta de la oscuridad á una luz intensa.

Copio, para concluir, la plegaria de Colón á Dios, al tomar posesión del Nuevo Mundo, en nombre de los Reyes Católicos; porque en ella se muestran su grandeza de alma, su

fe de Cruzado, y el concepto que formó de la tierra por él descubierta.....

“Dios eterno y todopoderoso! Bendito y alabado sea tu nombre en todas partes y exaltada tu majestad, que se ha dignado permitir, que por mí, tu humilde siervo, se conozca é invoque tu sagrado nombre en esta parte del mundo” (15).

Lima, 4 de octubre de 1911.

JOSÉ TORIBIO POLO.

-
- (1) *Historiarum Indicarum*—Romae, 1588.
 (2) *Hist. nat. y moral de las Indias*.—Sevilla, 1590: l. I. c. 11, pág. 45.
 (3) *Antigüedades de España y América*.—Amberes, 1614: I. IV. c. XVII. fol. 517.—ib. I. I. c. III
 (4) *Historia citada*: l. I. c. IV.
 (5) *Comentarios reales*: l. I. c. III.
 (6) *Hist. de las Indias*: l. II, c. II.
 (7) Tomo I, c. XIV, pág. 103.—Véase “La América”, periódico de Madrid de 1857, número XIII: el artículo “Colón y Alonso Sánchez”
 (8) *Varones ilustres*: elegía 1ª canto 1º.
 (9) *Historia*, cap. XIII. En el tomo 2o. de Barcia. — “Historiadores primitivos.”
 (10) *Historia General de España*. I. XXVI.
 (11) *Historia Pontifical*.—Salamanca, 3a. ed. 1572: t. II, fol. 174.
 (12) García.—*Origen de los indios*, 1607: c. III, pág. 22.
 Torquemada.—*Monarquía Indiana*: l. I., c. VII; y l. XVIII, c. I.
 Torrubia.—*Crónica franciscana*: l. I., c. VIII.
 Ulloa.—*Memorias concernientes al descubrimiento de América*: tomo II. pág. 795.
 Otto.—*Memoria dirigida á Franklin*. 1781.
 (13) Hornio.—*De orig. Amer.* l. I. c. II.—ib. l. II. c. I.
 Laet.—*Dissert. contra Grot.* fol. I.
 (14) *De vero Novi Orbis inventore*—1714.
 (15) *Tablas cronológicas de Claudio Clemente*: tomo I, l. II.
 (De *El Comercio* de 6 de octubre de 1911, edición de la tarde número 32,846).

